

La caída

Piensen en un pueblito normal, uno de tantos rincones ajados por el paso del tiempo, enclavados en nuestra geografía como viejos juguetes con los que los ricos nunca juegan. Se trata de un lugar apartado, no propiamente destartado, pero sí olvidado, de esos que el progreso atraviesa sin llegar a visitar. Con la vista puesta en sus calles, ahora sí, proyecten en su mente un edificio de protección oficial, cuatro o cinco pisos de colmenas venidas a más, pura arquitectura soviética, con las suficientes comodidades para que los pobres puedan engañarse y pensar, aunque sea por unos instantes, que no son tan pobres como aparentan, pero sin el boato requerido para que puedan plantearse leer a Gramsci a la luz de una lámpara de lava.

Imaginen que ese edificio está a medio construir y que los obreros revolotean por sus cornisas, fatigados por el sol de septiembre, que no arrecia ni siquiera en la ciudad del cierzo. La democracia que se dieron entre todos les ha inmolado en el altar del bien común y como nadie da algo a cambio de nada, ni mucho menos las constructoras, los obreros cuelgan de las cornisas de esos edificios por los que tal vez, si se esfuerzan lo suficiente, puedan llegar a hipotecarse algún día. Ahora, fíjense bien en el andamio del tercer piso. No hay nada que ver ahí y eso es lo más extraño de todo. ¿No les inquieta encontrarlo tan vacío en plena jornada laboral?

Un andamio sin obreros es como un río sin agua; por mucho que ahora abunden, no era algo usual en los ochenta, a diferencia de los obreros sin arnés, prácticamente endémicos en aquel entonces.

Y de eso es de lo que he venido a hablarles; de la falta de arneses y de las consecuencias de volar sin alas.

¿Ven ese puntito en el firmamento?

Sí, ese que cae a toda velocidad, rasgando el aire a su paso. Pues ese puntito es mi padre, más conocido como *El Pabajo*.

O llegará a serlo algún día, si es que no aterriza con la cabeza. Y quizá sea por ello por lo que se retuerce, tratando de cambiar su trayectoria, que, de seguir idéntica a sí misma, dará con sus sesos en el pavimento. O puede que su resistencia, más que del deseo de posteridad, provenga del hecho de que un muchacho como él, con tan solo diecisiete años, futbolista por vocación y obrero resignado, preferiría morir de un infarto fulminante, cubierto de sudor y gloria ante la impávida mirada de miles de hinchas, antes que terminar sus días engrosando la lista de accidentados.

Me imagino que se preguntarán cómo es que nuestro protagonista ha llegado a esta situación. Algunos de ustedes, incluso, habrán aventurado probables soluciones a la incógnita, que no por inédita deja de ser compleja. Sepan que sus actitudes tienen mucho de historiador, aunque nada sepan de Nefertiti o Napoleón, pues la Historia bien podría definirse como la ciencia que estudia las caídas, desde la ciudad de Uruk hasta la antigua Yugoslavia.

Hace unos días, cuando cuestionado sobre este y otros asuntos, mi padre se rascó la cabeza, como barriendo las telarañas de su desmemoria, y terminó justificando su caída por la torpeza de un tablón. “Si no hubiera sido por aquel madero”, masculló, evocando su más onerosa lesión, “no estaríamos aquí ahora mismo”. Nos encontrábamos en el salón de casa y, por extraño que pueda parecerles, hallé cierto alivio en su voz.

El accidentado nunca volvió a jugar al fútbol después de aquello. Si el equipo del barrio no subió de categoría esa temporada fue porque al trastabillar, su delantero centro se asió al único tablón que no estaba asegurado, con tal mala suerte que este cedió con su peso, condenándolo al vacío.

Y en efecto, así debió de ser, y aun si así no hubiera sido nunca podríamos saberlo, dado que mi padre no solo fue víctima y protagonista de su propia desgracia, sino también su único testigo.

Pero, en fin, volvamos donde nos habíamos quedado. Corría el año 86 cuando el destino quiso que un muchacho adelantase a las primeras hojas del otoño y se estrellase como el Challenger, sin que nada ni nadie pudiera frenar su vorágine. Lo malo es que el tablón cayó tras él, así que lo primero que tuvo que hacer nuestro héroe, aun antes de asimilar su caída, fue esquivar el abrazo mortal de la madera, que tantos mártires ha dado al mundo.

Lo consiguió, aunque por muy poco, y solo cuando su enemigo número tres, el tablón, quedó reducido a astillas por su enemigo número dos, el suelo, mi padre empezó a considerar el influjo que la gravedad, su enemigo número uno, ejercía sobre él.

Fue entonces cuando pensó en el fútbol, el único amor de su vida hasta ese instante, y en lo mucho que le gustaría morir haciendo una última chilena. Y el mismo destino que quiso hacerle volar sin alas fue el que, sorprendido de su arrojo o tal vez compadecido de su desesperación, permitió que aterrizase con los pies por delante, poniendo fin a su acrobacia.

Mi padre jura que se levantó por su propio pie y, con la mano en el pecho, se me ocurren pocos motivos para no creerle.

Me contó que se arrastró hasta la caseta del capataz mucho antes de que sus compañeros asimilaran el estruendo y que nada más ver su estampa, todo polvo y chorretones de sangre, este lo condujo al Hospital Provincial, no fuera que la cosa empeorase y algún inspector poco amigo de los patronos decidiera imputarle una desgracia que no era suya. Y todo por el único delito de ahorrarse unos cuantos duros en arneses.

La diagnosis fue sorprendentemente halagüeña, arrojando solamente una rotura de vértebra, para lo cual los practicantes le recomendaron al paciente el uso de un corsé de metal. Su salvación, dadas las circunstancias, era poco menos que milagrosa. Tanto fue así que tras la exploración preliminar el médico, pulsera tricolor en mano, no pudo sino santiguarse ante su estampita de la Mariana y replantearse su pertinaz ateísmo.

Mi padre nunca se cansa de contar cómo, a la salida del hospital, el capataz compró un boleto de primitiva y lo frotó contra sus lomos maltrechos para cargarse de buena fortuna. La anécdota siempre le causa especial gracia, seguramente porque, a tenor de sus otros testimonios, aquella fue de las pocas veces en las que su jefe reparó en él como en algo más que un recurso. En ocasiones, para ganarse las atenciones del patrón tan solo basta con despeñarse desde un tercero y sobrevivir.

La desvergüenza de aquel hombre no tenía límites, de ahí que tratase de ganarse a su potencial demandante con todo género de cumplidos. “Es impresionante, machote. ¡Estás hecho un toro!” le dijo, palmeándole la espalda, y cuando los gruñidos de mi padre le hicieron reparar en su torpeza, esgrimió sus más sentidas disculpas a base de aspavientos desesperados y enérgicos.

En lo que respecta al regreso del accidentado, la bienvenida fue la parte más calurosa de la tarde, que ya es decir. No era para menos; la noticia del accidente había corrido como la pólvora en el barrio y los vecinos esperaban su vuelta como agua de mayo. Le recibieron como si hubiese ganado el Goya, con todo lujo de atenciones y un sinfín de miradas de admiración, y nada más verlo lo bautizaron como *El Pabajo* con esa jocosidad que el alivio despierta en los corazones nobles.

No es que fuera un mote demasiado original, pero supongo que los hay peores. Fuera como fuese, quedaría así para los restos, por mucho que la causa que lo motivaba se extinguiera con el tiempo. El influjo de aquel apodo trascendió su recipiente original, impregnando desde la placenta al que aquí les habla; ya de bien pequeño, la gente pasó a conocerme como *El hijo del Pabajo*, un mote de segunda generación (y también de segunda mano) que en ausencia de contenido solo se entiende con explicaciones de más.

Y precisamente por ello, me resultaba tan odioso e impropio. O así era hasta que el otro día, charlando con mi padre, descubrí su verdadero sentido.

Estábamos en la terraza de casa y él apuraba su último cigarro Winston, cuando *la pregunta* se deslizó alevosamente en mi mente.

“¿Qué sentiste?”

“Cuándo”.

“Cómo que cuándo. Pues al caer, hombre, al caer”.

“No sentí gran cosa, pero intuí que iba a morir”.

“¿No tuviste miedo?”

“Como para no tenerlo... Fue un golpe duro, esa es la verdad, pero lo peor fue la impresión. Los dientes me castañearon hasta una hora después de levantarme del suelo y yendo hacia el hospital un dolor sordo empezó a mordirme las entrañas. Sin embargo, fue la mejor experiencia de mi vida”.

“¿Y cómo es eso?”

“Aquel día, aprendí lo más valioso que puede aprender un hombre”.

“¿Aprendiste a volar?”, le dije con algo de sorna, sin sospechar lo que vendría después.

“No, hijo, a volar no”. Deslizó su vista hacia la calle y se enrocó en el silencio durante algunos minutos que sentí interminables. Aún hoy me pregunto el motivo de su dilación. Tal vez estuviera valorando si era lo suficientemente mayor como para entenderle o quizá es que ni siquiera sabía por dónde empezar a contar.

Al otro lado de la acera, respaldados por gruesos arneses, los obreros revoloteaban sobre el nuevo bloque de viviendas y algo más lejos de allí, en el parque municipal, los gritos de los niños se confundían con los golpes del balón. No supe discernir cuál de las dos escenas se había robado su atención, pero estaba seguro de que su nostalgia naufragaba en alguna de ellas.

Poco antes de devolverse a nuestro salón, comprado con el talón del silencio, mi padre acarició las paredes de gotelé con una mezcla de remordimiento y nostalgia, insinuando levemente su crimen por no ser capaz de confesarlo.

“Aprendí a caer, que es mucho más importante”.